

*Contextos y texto de una crónica  
Libro tercero de la historia religiosa  
de la Provincia de México de la Orden  
de Santo Domingo de fray Hernando Ojea,  
O. P.*

José Rubén Romero Galván (editor)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

238 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 6)

ISBN 978-970-32-4868-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de octubre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/contextos/texto.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

sus cosas como habemos dicho, nunca los frailes de estos conventos estuvieron más bien proveídos, quietos, recogidos y contentos que el tiempo que él los gobernó. Y aunque en todas sus cosas se mostró prudentísimo, muy en particular en el magisterio de novicios, que es más dificultoso por tratar con muchachos y mozos, hijos de diferentes padres, de diferentes costumbres e inclinaciones y de poca experiencia, cuyo oficio principalmente consiste en moderarlos, hacerles olvidar aquéllas, arrancarlas de todo punto si fuere menester, y amoldarlos a las de la religión. Y para haber de enseñar uno a otro virtudes y perfección, reprenderle y irle a la mano en aquello que es de su gusto y inclinación, es menester que sea perfectísimo en todo, un espejo clarísimo de limpieza y dechado de virtudes, el que lo hubiere de hacer, grande su prudencia en reprimirse, disimular cosas y guardarlas cada una para su tiempo, y grande su ánimo y valor para haberlas de corregir y componer. Todo lo cual tenía el bendito padre fray Alonso con muchas ventajas, y en todo era eminentísimo, de que yo soy testigo por haber sido uno de sus novicios y tratádole mucho tiempo, siendo él mi maestro y prior en diversos tiempos, y haberle experimentado en todas sus maneras de gobierno. Por todo lo cual fue siempre muy respetado de todos, y en especial de los provinciales y priores, ninguno de los cuales, siendo él maestro de novicios, osaba poner los pies en la casa de ellos, ni menos dar leyes para su gobierno y moderación sin su consentimiento; tanta era la satisfacción y crédito que todos tenían de él. Al fin de su vejez, que fue muy larga, le sobrevinieron algunas enfermedades, por las cuales se salió a recrear a los pueblos de la comarca de México, de donde se volvió luego a este convento de Santo Domingo de México, diciendo que se venía a morir, y sin falta debió de tener revelación de ello. En la última misa que dijo recibió el viático de su mano, con licencia que para ello pidió al prior; y en acabando de decirla, le dio un desmayo, y de la caída que dio, con él perdió el sentido y nunca más le cobró hasta que murió, que fue de allí a dos días. Pasó de esta vida al fin del año de Cristo 1591, y fue sepultado en el capítulo de él.

## CAPÍTULO 6

### DEL BENDITO FRAY PEDRO MARTÍNEZ, LEGO

El bendito fray Pedro Martínez fue gallego de nación, tomó el hábito de fraile lego de la Orden de Santo Domingo en el insigne convento de San Pablo de Córdoba, de donde pasó a esta provincia de México en

compañía de otros religiosos cerca del año 1564, con celo de servir a Dios, en lo que pudiese, en la conversión de los indios. Y como en la guerra temporal no menos merece el que queda en guarda de la fuerza y del real, que el que sale en campaña y pelea con el enemigo, y todos participan por iguales partes del despojo y premio de la victoria, aunque a los que más trabajan en el real y fuerza de él, en particular se les suele dar mayor premio correspondiente a sus mayores trabajos y servicios, así en la espiritual, no menos suele merecer y llevar su parte de premio, en los despojos de la victoria, el que queda sirviendo en los templos y conventos (que son los presidios y reales de esta milicia) y a los sacerdotes predicadores y ministros evangélicos (que son los capitanes y soldados de ella) que los mismos que pelean inmediatamente, porque la caridad y el fin del trabajo es uno mismo, y de no menos importancia lo uno que lo otro para el fin que se pretende. Así al buen fray Pedro luego que llegó a esta tierra le aplicó la obediencia a que sirviera a Dios y a los ministros evangélicos en el convento de Santo Domingo de la ciudad de los Ángeles, que comúnmente llamamos la Puebla, y él lo aceptó y hizo siempre de buena gana en todos los oficios que le encomendaron y en especial en los de cocinero, portero, sacristán, etcétera, aunque de todo esto y de lo temporal sabía poco. Porque dende que tomó el hábito, trabajó mucho en reducir la carne y todos los sentidos del cuerpo al espíritu y a los oficios de él, y salió con ello. Y así toda la agudeza de la carne y de los sentidos corporales convirtió en los espirituales. En los cuales y en todo lo que tocaba a lo substancial de la religión salió singular maestro y observantísimo religioso, muy humilde y obediente, caritativo y ejemplar, devoto y recogido; y así siempre andaba rezando y contemplando lo que rezaba. Sus principales oraciones eran el santo rosario, el paternóster, el ave María y el credo, y estos los libros en que leía y meditaba. Y como cada palabra de ellas contiene en sí grandes y profundísimos misterios, así se detenía en cada una mucho tiempo. *Pater noster*, decía, y aquí iba discurriendo como excelente filósofo y teólogo, por los beneficios que el padre hace al hijo y las obligaciones del hijo al padre, y en especial el sumo y omnipotente Dios, su grandeza y majestad, su bondad, su gloria, su sabiduría y prudencia, su providencia, caridad y magnificencia para con todas sus criaturas. El haberlas criado a todas con tanto orden y concierto, tan diferentes las unas de las otras, y a cada una tan proporcionada en su forma, en su postura y miembros para el fin de sus operaciones, y el cuidado y providencia que tiene de cada una como si no cuidara de otra cosa. Y así iba discurriendo por todas las demás. Ejercicio tan santo y materia tan delicada y abundante, que los entendimientos

1564

1. Reg. 30

más aventajados del mundo pudieran dignamente ocuparse en ella, no sólo un siglo y la vida del hombre, sino también toda la eternidad, como lo hacen los ángeles en el cielo; que éstos son sus gustos y entretenimientos, las alabanzas que dan a Dios, y las de que él más gusta,

Luc. 10 como lo significó Cristo nuestro bien, por san Lucas, en aquella competencia santa que sobre las cosas de su servicio y quién le serviría más, tuvieron las dos santas hermanas Marta y María Magdalena, cuando dijo: *Optimam partem elexit sibi Maria quae non auferetur ab ea.*<sup>49</sup> María escogió la mejor parte, la más acepta y agradable a Dios (que es la oración y la contemplación de sus divinas perfecciones y obras) en esa permanezca y en esa se entretenga sin que nadie la moleste, porque el cielo la ampara y Dios la fortalece y entretiene con su poderosa mano. Y así se arrebatada muchas veces en la oración y se quedaba en éxtasis. Con estos entretenimientos y ejercicios santos se descuidaba el bendito fray Pedro de las cosas temporales, y andaba como absorto y elevado en Dios. Guisaba mal de comer, no acertaba a dar recaudo con puntualidad en lo que hacía, perdíansele por momentos las llaves de la portería y las otras cosas que traía entre manos. Y el remedio que tenía cuando advertía la falta, era irse al santísimo sacramento, y postrado allí o delante de cualquiera altar o imagen que hallaba, suplicaba a Dios perdonase su descuido, supliese sus faltas y le deparase lo perdido, y Dios, como bonísimo que es, lo hacía luego todo así. Porque apenas se había levantado de la oración, cuando hallaba por allí lo que buscaba o llegaba algún fraile, indio u otra persona que se lo traía; o por mejor decir, algún ángel o ángeles en figura de los dichos, que por ministerio de ellos (a los cuales tiene Dios diputados para ministerio de los hombres) suele él proveer a sus siervos de lo que les falta y han menester. Y esto le sucedió no una vez sino muchas, y muchas veces en un sólo día. No tenía cama señalada, dormía muy poco y siempre vestido y puesto de rodillas (que así le hallaba el sueño y en oración) y cuando él lo advertía se cubría con una manta, fijaba la cabeza en el suelo y así como estaba de rodillas se quedaba dormido y de la misma manera se quedó cuando murió. Era muy caritativo con todo género de gentes, y en especial con los indios, que son pobres y miserables, a los cuales proveía y daba con mucho cuidado de comer y todo lo que podía. Sucedióle muchas veces que yendo por ellos a los lugares comarcanos, cuatro y cinco leguas de allí para que trabajasen en la obra de su convento, al tiempo de traerlos se bajaba de la mula en que iba, la cual cargaba de la ropa de los pobres indios, y si algunos de ellos venían enfermos

<sup>49</sup> “María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada”, Lucas 10, 40-42.

o cansados, los hacía también subir en ella para sobrellevar su trabajo, y él se venía a pie muy contento y descalzo a imitación de su glorioso padre santo Domingo, que andaba así por los caminos, y lo mismo hacía a la ida y en las otras ocasiones que caminaba, con los que encontraba. De suerte que si salía del convento a caballo, no era tanto para servirse de la cabalgadura, cuanto para socorrer con ella a los necesitados que encontraba.

Fue siempre muy observante de la ley de Dios y de su regla y constituciones, muy ejemplar, templado en el comer y beber, y muy abstigente, callado, compuesto y castísimo y pobre, en tanta manera, que nunca se le conoció cosa de valor, ni notó en sus obras ni palabras descomposición alguna ni cosa de mal ejemplo. Para lo cual le aprovechó mucho el cuidado que tenía de recoger y no derramar la vista, y así la quitaba de todo lo que le podía inquietar y turbar el alma, y en muchos años no se vio desnudo ni parte alguna de su cuerpo, fuera de los pies y manos; tanto era el cuidado que en esto tenía. Oía misa cada día, confesaba y comulgaba a menudo, y así tenía otras muchas virtudes, por las cuales era muy tenido y estimado de todos, así frailes como seculares, y todos le tenían comúnmente por santo. Con estas virtudes, ejercicios santos y grande opinión, vivió muchos años en esta Provincia de México, y casi siempre en el convento de Santo Domingo de la Puebla, de donde pasó a las islas Filipinas el año de Cristo 1589, en compañía de otros grandes religiosos que de esta misma provincia fueron y van cada día a aquella, a vueltas de otros que vienen de España para ayudar a la conversión de aquellos indios y cultivar con su sangre y trabajos aquella nueva planta de la viña del Señor. Allá trabajó algunos años en los oficios que acá con la misma caridad y en los mismos ejercicios de virtudes, y así aprendió tan bien la lengua de los naturales de aquella tierra en la cual les enseñaba la doctrina cristiana. Por todo lo cual fue siempre tenido y estimado por santo. Y así habiendo recibido todos los santos sacramentos con singular devoción y sentimiento, dio su bendita alma a Dios, puesto de rodillas, como dijimos, el año de Cristo 1592, en su convento de Santo Domingo de Binalatongo de la provincia de Pangasinán, cincuenta y cinco leguas de la ciudad de Manila, que es todo en la isla de Luzón, y fue allí sepultado. En cuya muerte mostró Dios una grande maravilla: que la candela bendita y de bien morir que los religiosos le tenían preparada para que consiguiera las indulgencias que están concedidas por los pontífices romanos a los que mueren con ella, estuvo encendida siete horas, hasta que espiró, sin que de ella se gastase cosa alguna. Diéronle sepultura en la iglesia del mismo convento. Y por haberse mudado el pueblo, de allí a cinco meses, del

mal sitio que tenía a otro mejor, quisieron también trasladar el bendito cuerpo, y así abriendo la sepultura salió de ella y de él un olor maravilloso y suavísimo, y le hallaron tan fresco y entero, y los hábitos tan sanos como el día en que le sepultaron. Lo cual se tuvo a grande maravilla, por ser aquella tierra de tal calidad que come y consume dentro de quince días el cuerpo que sepultan en ella sin que de él quede cosa alguna. Y el del bendito fray Pedro habiéndole hallado entero, como dijimos, le pusieron en un ataúd y le trasladaron a la iglesia del nuevo pueblo y convento, a donde le pusieron junto al altar mayor. Andaba el bendito religioso cuando pasó de esta vida, en los sesenta años de su edad, poco más o menos, y cuarenta de su frailía.

## CAPÍTULO 7

### DE LA FUNDACIÓN DEL CONVENTO DE NUESTRA SEÑORA DE LA PIEDAD DE MÉXICO, Y VIDA DEL BENDITO CANÓNIGO JUAN GONZÁLEZ, SOLITARIO O ERMITAÑO

Por muchos años floreció mucho en esta provincia desde sus principios, la observancia regular de nuestras constituciones como se usaba en la primitiva orden, sin tener propios ni otro patrimonio que la misericordia de Dios, con que cada día proveía a los religiosos por vía de limosna de lo que habían menester. Y aunque ellos gustaban mucho de esto, viendo los virreyes y otras personas de grande autoridad eclesiásticas y seglares de esta república, la grande dificultad que habría andando el tiempo en conservarse así, porque las religiones y el número de religiosos de cada una iban creciendo cada día y menguando y resfriándose la caridad de los fieles, persuadieron a los nuestros muchas veces y con mucha instancia, usasen de la facultad que muchos pontífices romanos y el concilio tridentino les había concedido para que pudiesen recibir y poseer bienes permanentes, como son heredades, rentas y otras posesiones. Y aun ellos, como observantísimos que eran, lo resistieron mucho tiempo; viendo últimamente la instancia que sobre ello hacía el virrey don Martín Enríquez (de cuya gran prudencia, discreción y celo santo y religioso está muy satisfecho todo este reino) y la razón que él y los demás tenían, en lo que les persuadían, y que en ello no había pecado alguno, determinaron darles contento y admitir algunas posesiones que los fieles les ofrecían. Pero aunque en esto vinieron algunos que tenían suficiente autoridad para ello, otros muchos fueron de contrario parecer, y así reclamaban sobre ello con mucha instancia. Y cuando más